

Discurso con motivo de recibir el premio “Barón Hirsch”, Museo Judío, 25 de octubre de 1979

Mucho me honra recibir de manos de los organizadores y a través de las palabras sobredimensionadas del Dr. Manuel Ordóñez, el premio que lleva el nombre ilustre del Barón Mauricio de Hirsch.

Es una distinción muy alta, que cobra dimensiones resonantes si pensamos que con él han sido galardonados los espíritus más selectos de la intelectualidad argentina como lo son el presbítero Dr. Carlos Cucchetti, campeón del ecumenismo, de quien sería innecesario valorar su incansable, tenaz y valerosa campaña en pro de la convivencia fraterna y la comprensión humana; la insigne artista y recitadora Berta Singerman, verdadera embajadora de nuestros poetas, quien paseó por el mundo, con su voz privilegiada, a los más elevados exponentes de la poesía que produjo el intelecto humano; el eminente filósofo Dr. Jorge L. García Venturini, lúcido y claro, de quien se dijera que sabe exponer con precisión pedagógica el idealismo de Platón y el realismo de Aristóteles, y, pasando por la “filosofía *perennis*” de Santo Tomás de Aquino, a semejanza de su gran maestro Jacques Maritain, comentar lo “sagrado” entre el teísmo y el ateísmo del existencialismo moderno de Heidegger; y quien me honró con su presentación, el Dr. Manuel Ordóñez, el paladín de las justas causas, siempre alerta a las cosas del espíritu, siempre abierto a la grandeza moral, siempre puro en el pensamiento, y siempre generoso en la acción.

La presentación que me ha efectuado, magnífica por su palabra galana, corrobora mi afirmación.

Tremenda genealogía agranda sin duda mi figura, carente de las virtudes y méritos de estos ilustres predecesores, y compromete mis palabras, que parecerán, así, un pálido reflejo de las que pronunciaron, en semejante ocasión, estas voces argentinas de tan alto contenido espiritual.

Pero, precisamente por eso, mi honra es mayor, al saber que estas ilustres personalidades me acuerdan su amistad, concediéndome con ello un aval, del que me siento muy orgulloso.

Y si menciono a estos predecesores es para medir, en su verdadera dimensión, la importancia que ha adquirido este premio, que, creado por el fundador y director del Museo Judío de Buenos Aires, el Dr. Salvador Kibrick, al jerarquizarlo a través de los nombres citados, compromete mucho más mi gratitud que desde ya manifiesto, en este acto de convivencia entre judíos y cristianos.

Adquiere, con el acto, esta casa, como se dijera en galana palabra, la idea de un improvisado parlamento de la cultura, de nuestra cultura, un parlamento del espíritu, que dando trascendencia y sentido a este homenaje corona los nobles fines de hacer conocer, exaltar y difundir los valores culturales, espirituales y éticos de la judeidad de todas las épocas y países.

Y es así como este galardón adquiere un significado muy especial, por cuanto toda la comunidad judía asume el reconocimiento a las personalidades que pertenezcan o no pertenezcan (como es mi caso) a su propio seno, y tanto más que con sentido ecuménico distingue a quienes se hayan hecho acreedores por su labor de convivencia fraternal.

Paradigma de filántropo fue el Barón Mauricio Hirsch.

Nacido en Munich el 9 de diciembre de 1831, en el medio de una familia acaudalada, se consagró con éxito, a las finanzas industriales y a la construcción de ferrocarriles en Austria, los países balcánicos y Turquía, consolidando una inmensa fortuna.

Con motivo de sus frecuentes viajes se sintió dolorosamente impresionado por la miseria e ignorancia de los judíos que vivían en el Imperio Otomano, así como también por los *progroms* terribles que se llevaban a cabo en el Imperio Ruso.

El Dr. Einhorn, al trazar la vida épica del ilustre bacteriólogo judío Haffkine (de Odesa, Rusia), cuyo nombre se une al de los otros insignes científicos en la investigación de dos terribles enfermedades infecciosas, esencialmente epidémicas, como el cólera y la peste bubónica, recuerda cómo uno de esos *progroms* motivó que el mismo Haffkine tuviera que dejar su país natal, profundamente impresionado por lo que sucedía con sus hermanos de raza.

Esos *progroms* ocurridos en 1881 motivaron un histórico editorial del gran periódico inglés "The Times" de Londres, publicado en enero de 1882, que daba la alarma sobre lo que acontecía en Rusia con los habitantes de religión judía.

En ese editorial se relata la serie de atrocidades cometidas en diversas ciudades de la inmensa Rusia, que abarcan "un área igual al de las islas británicas y Francia sumadas, extendiéndose desde el Mar Negro hasta el Báltico". Esas escenas de horror sólo se podrían haber visto, por ese entonces, en tiempos de guerra.

Hombres indefensos asesinados, tiernos niños muertos, hogares incendiados, violaciones, saqueo de negocios en calles enteras habitadas por judíos, pillaje de la propiedad de miles de familias judías, granjas arrasadas, y todo esto consumado por hordas descontroladas y ante la vista indiferente de las autoridades, limitándose las fuerzas policiales a ser espectadoras silenciosas de los hechos.

Como ejemplo puede citarse lo ocurrido en la localidad de Smiello, donde fueron muertos 13 hombres, heridos 20, y 1600 habitantes quedaron sin hogar.

El editorial causó en Gran Bretaña y en el mundo occidental profunda impresión, una de cuyas exteriorizaciones fue el mitín público que tuvo lugar el 1 de febrero de 1882 en la Mansion House de Londres, presidido por el Lord Major de dicha ciudad, donde se leyó una carta del arzobispo de Canterbury en la que manifestaba su horror; también se leyó otra carta del famoso poeta Tennyson que expresaba su indignación por los actos de barbarie consumados contra los judíos, y entre los oradores se oyó la palabra de más elocuente de los católicos británicos, el obispo general de Londres, cardenal Manning, que entre sus afirmaciones más importantes destacó el carácter degradante de las leyes de Rusia relativas a los judíos, la interrelación que existía entre el antisemitismo ruso y el de Alemania, y la importancia de la Biblia como lazo entre cristianos y judíos.

El mitín de Londres dio lugar a otros que acontecieron en numerosas ciudades de Inglaterra como Liverpool, Edimburgo y Manchester, entre otras.

En Francia se formó un comité en ayuda de los judíos perseguidos de Rusia que encabezó el gran escritor Víctor Hugo, acompañado por el historiador Ernesto Renan, el gran orador León Gambetta, los políticos Waldeck Rousseau y Sadi Carnot –que llegaría a ser el tercer presidente de la República Francesa-, y Fernando de Lesseps, famoso constructor del Canal de Suez.

Es curioso que, aunque los gobiernos de Inglaterra y Francia se sentían también conmovidos por estos hechos, mantenían oficialmente una actitud reticente por las necesidades de su política exterior, que convenía a dichos países evitar malquistarse con el Imperio Ruso para no alterar el equilibrio de fuerzas frente a Alemania.

Sin embargo esta consideración no influyó para que el futuro “Tigre” **Clemenceau** condenara incisivamente los *progroms* como una reaparición de los tiempos medievales en Rusia.

También en los Estados Unidos de Norteamérica se conmovió mucho la opinión pública y ello tuvo expresión en dos mítines públicos, uno en Nueva York –presidido por el alcalde de la ciudad- en febrero de 1882, y otro en Filadelfia, el 4 de marzo del mismo año.

En el primero, el alcalde Grace recordó una expresión del Pontífice Romano: “Es una gran pena que los judíos deban tener una situación más miserable bajo príncipes cristianos que sus antepasados bajo los faraones”.

La consecuencia de los *progroms* y la reacción causada en el mundo civilizado fue la migración en masa más grande de la historia judía, la creación de fundaciones de colonización judía en Palestina, el aflujo de judíos orientales a Europa Central y Occidental, la migración de judíos a Sudáfrica y Argentina, y finalmente el éxodo hacia los Estados Unidos, donde hoy en día se encuentra afincada la mitad de la población judía de la Tierra.

“Si lo *progroms* fueron una terrible catástrofe, sin embargo dieron origen a una notable cadena de respuestas creadoras”, señaló Einhorn en su obra.

Al conocimiento de estos hechos por el Barón Hirsch, se unió la desgracia de perder a su único hijo en plena juventud, y ante esa circunstancia reaccionó en estos términos: “He perdido a mi hijo, mas no a mi heredero. La Humanidad recibirá mi herencia”.

Efectivamente instado a fines de 1889 por el profesor Guillermo Loewenthal, dio realidad a un proyecto de colonización judía en la Argentina, para lo cual se constituyó una sociedad colonizadora a la que el Barón Hirsch dotó con 50 millones de francos, que constituyó el capital inicial de la “Jewish Colonisation Association” –con asiento en Londres- y cuyos fines fueron facilitar la inmigración de los judíos de los países de Europa y Asia, donde eran oprimidos por leyes restrictivas y estaban privados de los derechos políticos, hacia otras regiones del mundo donde pudieran gozar de estos y otros derechos inherentes a la condición humana.

Para ellos se dispuso establecer colonias agrícolas en diversos territorios de América del Norte y Sur.

La Asociación fue reconocida por el gobierno argentino como una sociedad civil con fines filantrópicos.

Los judíos de Rusia vieron en el Barón Mauricio Hirsch a un verdadero Mesías y salieron de su letargo, despertándose en ellos ancestrales fuerzas espirituales y físicas que los impulsaron a emigrar de su Rusia natal en busca de otros horizontes.

Es así como muchos de ellos se dirigieron a nuestro país, viniendo a ocupar importantes extensiones de tierra deshabitadas, que por primera vez se vieron surcadas por el arado y donde se construyeron caminos, se fundaron cooperativas, se edificaron escuelas, centros sociales, bibliotecas, hospitales, incorporándose alrededor de un millón de hectáreas al desarrollo y progreso del país.

Esta obra benefició no sólo a judíos sino también a no judíos, unidos en una convivencia cordial y productiva.

De aquellos inmigrantes que se establecieron en Entre Ríos y en Santa Fe, principalmente, descendieron muchas figuras que se destacaron en las ciencias, las artes, las letras, la industria, el comercio, la educación, la función pública, la política y las profesiones liberales.

Citaremos como ejemplo al ilustre escritor y periodista Alberto Gerchunoff, quien trazó un indeleble cuadro de las colonia judías de Entre Ríos con el sugestivo título de “Los gauchos judíos”, y a Enrique Dickman, médico y político, que tuvo una destacada actuación en el Congreso Nacional durante muchos años, representando al Partido Socialista. Y así tantos otros cuya mención omito por razones de tiempo.

Es que el ecumenismo no es sino la actualización de un movimiento liberador o de una evolución cuyo origen brota del Génesis.

Bienvenido es pues para mí el ecumenismo, pues da a mi propio sentimiento su verdadera dimensión.

Quieran entonces los hombres todos oír el llamado de ese gran Pontífice Juan XXIII a través del Concilio Vaticano II.

Entonces no se repetirán Dachau, ni Treblinka, ni Auschwitz, y tendremos conciencia de nuestra propia dignidad, y que se puede vivir y convivir en pacífica armonía sin tener en cuenta color, religión y credos.

Asistiremos así a la superación del Hombre.

Y en nuestro credo monoteísta serán igualmente respetados los nombres de Abraham, de Moisés, de Jeremías y de Mahoma, y los de Pedro, Pablo y Lucas.

Y en Jerusalem, la eterna Jerusalem, confraternizaremos cristianos, judíos y mahometanos en plena libertad, liberados de la esclavitud de esa pasión malsana que es el odio.

Resultarán proféticas las palabras del insigne Rubén Darío:

Y se verán construidos los
muros de las iglesias todas,
todas igualmente benditas,
las sinagogas, las mezquitas,
las capillas y las pagodas.

Será entonces cuando nosotros, en nuestra bendita tierra, podamos decir en el presente y en el futuro que estamos orgullosos de pertenecer a un país donde se respeta la dignidad de cada ser humano; se promueve la consolidación de la familia; se practican los distintos credos religiosos en libertad; donde el deber y el trabajo son altamente estimados, y la generosidad y hospitalidad no son palabras vanas; donde las verdades conquistadoras por la ciencia no cambian de naturaleza con el clima, el idioma y las costumbres ni pueden crear antagonismos de razas, partidos o creencias.

En que la ciencia que es el gran patrimonio de la humanidad no sea puesta al servicio de opiniones o intereses de circunstancias efímeras y deleznales como el hombre mismo.

Deseamos también que en nuestro país el dogma de la fraternidad y la solidaridad no sea una quimera destinada a esfumarse sin ruido, ni un sueño brillante que desaparezca como las visiones de la fiebre; al contrario, que ese dogma que aparece como una luz indeleble en los horizontes del mundo moral, cuando agoniza el paganismo, surja como el credo de la humanidad, escrito en caracteres inmortales con la sangre del mártir divino, en la roca solitaria del Calvario, para recibir ahora la sanación de la ciencia contemporánea que a no dudarlo será la verdad del mañana, la gran verdad del porvenir.

Señoras y Señores:

Para terminar diré con Juan Pablo II, en sus palabras destinadas a la grey judía, en su reciente viaje a los Estados Unidos.

Que nuestras dos comunidades estén estrechamente relacionadas a nivel de sus identidades religiosas. Que la causa de la libertad, quintaesencia de la condición humana y aspiración universal en el mundo de hoy, también lo sea la búsqueda de la justicia, ya que la primera no existe si no se sostiene en la segunda, ya que las dos constituyen demanda esencial del espíritu humano.

Y que para nosotros, judíos y cristianos, quede desbrozado el camino que deben poseer el diálogo fraterno y la colaboración fructífera.

He aquí el mensaje de este Premio.

He aquí el sentido de esta cálida reunión.

He aquí cómo siento el alcance de esta distinción.

Es así cómo la vivo. Y es así cómo os la agradezco.

Quiera Dios que estas intenciones se cumplan.